

y diferencias de caracteres sociales, de actividades humanas diversas frente al caos complejo de la ciudad. Por último, Cuvardic García se detiene en la valoración crítica que, a partir de los 30, tanto Larra como Mesonero Romanos manifiestan en relación con la “‘alteración’ de las costumbres” (p. 317), debido a los cambios sociopolíticos o ideológicos; la velocidad de estas transformaciones se manifiesta ostensiblemente en la moda, los viajes y el ocio, la higiene, para incidir así en la vida cotidiana y en el desarrollo de las urbes; pero frente a ello, también los dos escritores dan cuenta de la resistencia popular a modificar sus costumbres.

El objetivo de la “Sección tercera” es el modernismo hispanoamericano (pp. 331-425). Centrado en la crónica modernista, llama la atención en ella la acumulación de objetos y la mirada fetichista, propios ya sea de la Modernidad, ya sea de “estilo modernista que busca, en los objetos simbólicos, la forma de amueblar la escritura” (p. 337) para hacerla también un objeto de derroche estético. Las crónicas se enmarcan en la literatura de viajes en la que, como corresponsales, los escritores modernistas se dirigen hacia la urbe europea o norteamericana, ofreciendo un modelo de metrópoli y de rituales para ordenar la barbarie del mundo hispanoamericano (p. 338). Abundan, en este sentido, las cartas y las crónicas periodísticas que se centran en la experiencia del viaje formativo, para adoptar y adaptar el “flanear” a un contexto hispanoamericano; terminan imponiéndole su sello especial como en el caso del cubano Casal que aboga por la ataraxia o el mexicano Gutiérrez Nájera, quien se deleita en poner a personajes que se movilizan en transportes tales como el tranvía (p. 349). Merece atención especial el caso de tres grandes viajeros y cronistas andariegos del Modernismo hispanoamericano: con el guatemalteco Gómez Carrillo, cuyas colecciones de crónicas traducen su experiencia sobre la modernidad cultural que representan Buenos Aires o Europa, la mirada del turista se decanta hacia la frustración/cumplimiento de sus expectativas turísticas, sobre todo en las de carácter orientalista (p. 369), mientras que con Darío, el valor sagrado de su periplo se torna iniciático y cuasi-místico, cuando se trata de peregrinaje cultural hacia esos santuarios de la cultura europea (p. 385); o con el caso de Martí, para quien el elogio de la democracia tiene repercusiones en la utopía hispanoamericana que sueña en tanto proyecto de modernización y de integración continental (p. 406).

Unas conclusiones pertinentes y bien argumentadas cierran este libro (pp. 427-438), que intentan trazar las huellas andariegas de un tipo social convertido en figura artística compleja y de contornos que se metamorfosean, bajo la mirada del observador de la ciudad y sus relaciones heteróclitas.

*Jorge Chen Sham*  
*Universidad de Costa Rica*  
*Academia Nicaragüense de la Lengua*  
*Academia Norteamericana de la Lengua Española*

**Judith Farré Vidal. *Espacio y tiempo de fiesta en Nueva España (1665-1760)*. Madrid/Frankfurt/México, D. F.: Iberoamericana/ Vervuert/ Bonilla Artiga, 2013, 311 páginas**

En una breve introducción (pp. 9-15), Judith Farré Vidal traza la justificación del periodo histórico que alarga la fiesta barroca hasta 1760, fecha en la que deja su cargo el último virrey nombrado por Felipe V, el marqués de las Amarillas. Ella caracteriza la fiesta en tanto

“forma de teatralización del espacio urbano, extraordinaria y efímera” (p. 9). Signada por el fasto y la espectacularidad, su horizonte de expectativas recubre de la suspensión en su doble acepción: detener o hacer una pausa (el tiempo de lo histórico) e influir en el ánimo y detenerlo por medio de lo extraño o lo extraordinario (el tiempo de los sentimientos). Por ello, la fiesta es el espacio de la apariencia, de la realidad que se embellece y se transforma por medio del artificio y del ingenio de un espectáculo en el que actores, instituciones y público espectador discurren entre los entresijos del poder colonial.

El libro está organizado de una manera *sui generis*. Los tres primeros capítulos, más cortos que los restantes, recogen las premisas que sirven de base para la investigación ulterior. En el Capítulo I, “La fiesta en Nueva España. Tiempo de apariencias” (pp. 19-26) se introduce el concepto de la fiesta, “manifestación colectiva” (p. 19) dentro de la vida cotidiana asociada a las conmemoraciones del calendario litúrgico o civil, o a las excepcionales que tanto la Iglesia como la Monarquía promueven. Con una ritualidad en la que entran mecanismos de ostentación y de adhesión “afectiva y efectiva” de quienes participan en ella, la fiesta transforma la ciudad barroca en un lugar permeable a la compleja realidad racial de la Nueva España (p. 25). El Capítulo II pone su énfasis en la puesta en escena (pp. 27-49) de esta realidad embellecida, de “un ambiente de efímera magnificencia (pp. 27-28) y de pompa, para que exista “una mistificación de la presencia indígena” (p. 30) en mascaradas, vestuario y desfiles que se integraban en festejos callejeros y cortesanos (p. 30). Con el ejemplo de los festejos encargados por el natalicio del futuro Carlos II, celebrados en agosto de 1662, Farré Vidal observa cómo la relación de fiestas da cuenta del planeamiento llevado a cabo en la ciudad de Oaxaca durante los cuatro días de celebración: misa de acción de gracias el primer día, feria, corridas de toros y faroles con luminarias durante todas las jornadas, así como se describen tanto las disposiciones para el ordenamiento de los colectivos: nobleza y autoridades eclesiástico-civiles frente al pueblo y los indígenas, como la naturaleza de sus participaciones y los gastos incurridos. Por su parte, el Capítulo III se interesa por el “desenlace festivo que se despliega en las relaciones de fiesta (pp. 51-69). Frente al “fasto público, efímero por naturaleza” (p. 51), el relato de la *Relación* adquiere la función del testimonio escrito que, en su explicación de la arquitectura-tramoya de los carros alegóricos, la descripción de desfiles y bailes con sus mascaradas y vestuario, así como de los entresijos de su organización técnica, dan cuenta del ritual y de la alabanza. Y el orador-cronista debe hacer uso de todas sus dotes retóricas para que el artificio y el adorno lingüístico acompañen con éxito el boato y la solemnidad de lo que se narra y explica (p. 57); Farré Vidal habla, en este sentido, “de una capacidad exhibitoria del poder” (p. 61), con el fin de mostrar, ilusión barroca, “la trascendencia de lo real sobre la que se construye la suspensión de lo efímero” (p. 62).

La Segunda Parte del libro, la más densa y desarrollada, tiene el objetivo de plantear, sin que la autora lo diga de esta manera, una delimitación de las fiestas, cuyas fronteras tipológicas y circunstanciales son difíciles de marcar; pero ese es el mérito del libro en esta línea, introducir unas muestras textuales y analizarlas. Se trata de una especie de breve antología suficientemente introducida, que pone al lector frente a textos de difícil ubicación y de los que no hay versiones ni modernas ni críticas, salvo en el caso de Cabrera y Quintero. He aquí, me parece, otro de los grandes méritos de este libro. A la luz de lo anterior, el Capítulo IV, “Ocasiones súbitas y de cómo festejar lo extraordinario” (pp. 71-125), parte de la premisa de la connivencia entre lo sagrado y lo profano; al respecto, Farré Vidal confiesa la dificultad de separar fiestas religiosas y civiles que, en la práctica, dependerán de quién las organiza (p. 71). Celebraciones de circunstancia, desde la

consagración de templos y monasterios, a las beatificaciones y canonizaciones, pasando por los festejos relacionados con las efemérides de la Monarquía, Farré Vidal observa la dificultad de separarlas, a no ser “que los aspectos que distinguen las fiestas súbitas o repentinas tienen que ver con los gastos y la expresa voluntad por distinguirse de las ordinarias” (p. 86). El capítulo lo termina analizando unas quintillas, “Descripción de la venida y vuelta de la milagrosa imagen de Ntra. Sra. de los Remedios a esta ciudad”, atribuidas a Alonso Ramírez de Vargas, en ocasión de la procesión de la Virgen de los Remedios a su santuario, de 1668. Fiesta religiosa es cierto, pero también del Cabildo de la ciudad, porque su imagen la puso el conquistador Cortés en el Templo Mayor y en su procesión se estipulaba que los virreyes de México la llevaran en su carruaje desde extramuros hacia la Catedral y viceversa.

En el Capítulo V, “Rutinas en el calendario y espacios estables para la celebración” (pp. 127-172), Farré Vidal describe dos fechas del calendario novohispano: la fiesta de Corpus Christi (conquista espiritual) y la de San Hipólito (triumfo militar). La procesión de Corpus era una de las de más boato con sus altares y arcos de arquitectura efímera, “de marcada dimensión política” (p. 128) y de “gala institucional de certámenes poéticos, agasajos de autoridades” (p. 128) y en la que participaban gremios y cofradías en un orden estricto. Otra de las celebraciones cardinales del calendario novohispano era la bienvenida a un nuevo virrey o arzobispo, cuyos elementos espectaculares integraban lo mejor de lo efímero barroco: procesiones, arcos de triunfo, teatro, música, toros, fuegos artificiales, mascaradas, etc.). No solo era importante la figura del virrey para la cohesión de la Monarquía, sino su introducción con el viaje desde Veracruz hacia la corte obedecía a un despliegue iconográfico y a unas relaciones que exaltaban su investidura, con marchas triunfales y carros alegóricos. Ejemplifica Farré Vidal con la “Pierica narración de la plausible pompa con que entró en esta imperial y nobilísima ciudad de México el Exmo. Señor conde de Paredes, marqués de La Laguna, virrey gobernador...”, de noviembre de 1680 y escrita por Antonio Ramírez Santibáñez, en donde la alusión mitológica clave se encuentra en el propio título, pues la Pieria es el monte en donde habita Orfeo y las Musas. El bachiller Ramírez Santibáñez se identifica en tanto letrado en esa posibilidad de que su canto-narración logre glosar la magnificencia y la algarabía a partir del don a la Poesía.

Por su parte, el Capítulo VI, “Humoradas y máscaras facetas. Tiempo de burlas y veras universitarias” (pp. 173-206) se dedica al calendario universitario y a la figura del estudiante. El trazado urbanístico-político de las ciudades coloniales garantizaba esa concentración de las autoridades en torno a un centro hegemónico, en la que se encontraba también la Universidad, de la que salían los funcionarios de la administración colonial y cuyas prerrogativas se hallaban legitimado en un complejo entramado de ritos y de pompa (p. 176). Por lo tanto, no es de extrañar que la universidad sea también el lugar para “ceremonias extraordinarias” (p. 177). Dentro de esos festejos académicos estaban las aperturas del año y los concursos de oposición a cátedra, las “conclusiones” en donde se repasaba y se defendían las conclusiones de cada curso ante las autoridades coloniales y claustro de profesores, o las defensas de tesis y la obtención de grados, cuyo festejo traspasaba el recinto universitario cuando se acompañan de paseos y máscaras (p. 179), de humoradas que, Ferré Vidal, caracteriza como “paseos burlescos”, en donde la mascarada y el paseo, a raíz de la cátedra de teología que ganó fray Joseph de las Heras, en 1721, dan lugar a una mojiganga y una relación, en este caso, festivo-jocosa.

El último capítulo, el séptimo, se dedica al teatro en los conventos femeninos (pp. 207-234). Durante la colonia, el claustro femenino favoreció siempre el “contacto extramuros” (p. 207)

y dos de sus puntos de fricción fueron el número de criadas dentro del convento y la recepción de visitas en sus locutorios. La vida conventual así concebida, porque los conventos se mantenían gracias a donaciones y rentas de las familias de las monjas, hacía que esta se relajara hasta permitir la instauración del esparcimiento y los espectáculos “mundanos”, porque las monjas cantaban y representaban obras de teatro *intra muros*; o eran utilizados para agasajar a los virreyes quienes visitaban regularmente los conventos (p. 212). Ferré Vidal insiste en “el carácter festivo y celebrativo que acompaña[ba] estas cortesías” (p. 214); sobre todo era un teatro alegórico y laudativo, como es el texto “Sainete y fin de fiesta al recibimiento de los excelentísimos marqueses de las Amarillas, virreyes de este reino”, atribuido a Cayetano Cabrera y Quintero; la pieza fue representada en 1756, cuando los virreyes visitan el Colegio de San Miguel de Belén. De manera que esta apertura hacia la corte y la constante interacción entre monjas y seglares “propiciaba[n] una secularización de la vida cotidiana” (p. 219). En este capítulo, solo echo menos la referencia a los trabajos de Rima de Vallbona, quien ha estudiado también la vida de los conventos coloniales.

El libro concluye con un “Glosario festivo” (pp. 235-294), en donde Ferré Vidal intenta con éxito acercarse a la realidad del teatro colonial mediante un esbozo de diccionario, que no define tanto las entradas, sino las remite a contextos de uso con el fin de observar su pertinencia en un corpus de obras coloniales. Excelente estudio con el que cierra su libro la autora. Por todo lo anterior, se hace un libro necesario para el estudioso de la cultura barroca y colonial.

Jorge Chen Sham  
Universidad de Costa Rica  
Academia Nicaragüense de la Lengua  
Academia Norteamericana de la Lengua Española

**Araceli Iravedra (Ed.). *Políticas poéticas. De canon y compromiso en la poesía española del siglo XX*. Frankfurt am Main: Iberoamericana, Madrid/Vervuert, 2013, 260 páginas**

En una época como la nuestra, el inicio del siglo XXI, en la que triunfan, tanto en la teoría como en la crítica literaria, perspectivas como el poscolonialismo o el feminismo, es decir, la crítica de tipo deconstruccionista, es poco común –aunque muy de agradecer– la publicación de libros centrados en el tópico del compromiso social de la literatura (es decir, sobre el lugar, la finalidad y el objetivo de la literatura como práctica cultural, en el marco de las actividades humanas). Este último tópico, el del compromiso social, es asumido en el presente libro desde la historiografía literaria, y más particularmente desde la construcción del canon en la poesía española del siglo XX.

Debe destacarse que algunas propuestas canónicas reivindican la estética como principal criterio articulador de la calidad literaria, mientras que otras plantean la mayor relevancia, frente a posturas inmanentistas, que deben tener los autores socialmente comprometidos. Estética y compromiso social han sido planteados en la teoría literaria tradicional como términos opuestos, y un logro del presente libro es contribuir a desmontar esta dicotomía, cuya defensa sólo contribuye a apuntalar verdades recibidas en la historiografía literaria y a impedir la renovación de esta última. Es más, esta dicotomía ha tenido consecuencias pragmáticas, ya que ha intervenido en la exclusión de textos explícitamente propuestos como comprometidos

socialmente en el canon literario de muchas naciones occidentales. Como señala Araceli Iravedra (p. 13) en la “Introducción” del presente libro, la poesía de compromiso social o política ha encontrado dificultades para ingresar en el canon, a raíz de la consagración de una idea recibida: la identidad –a todas luces absurda– entre el compromiso político de la poesía y la pobreza estilística. La introducción y el segundo ensayo de la presente compilación coinciden en señalar el reduccionismo con el que trata Harold Bloom el tema del canon literario en su libro *El canon occidental* (1994), donde concede a la estética –a una estética supuestamente desligada de toda intencionalidad social– la condición de único criterio definidor de la calidad de los textos literarios, calidad que, recordemos, ha sido eje rector en la elaboración de los proyectos editoriales de las historias de la literatura occidental.

Los coordinadores de este libro han preferido ofrecer ensayos extensos, donde se discute pormenorizadamente la definición y la problematización del concepto ‘compromiso social’ en estéticas específicas, antes que la incorporación de un número mayor de ensayos, que incidiría en la plasmación de una propuesta más descriptiva, antes que interpretativa. Las contribuciones del presente volumen pertenecen a un grupo de trabajo que propone un significado del compromiso literario más amplio que el planteado por Jean Paul Sarte en *¿Qué es la literatura?* Se parte de una reevaluación del compromiso literario “que promueve la superación de la visión más asentada de literatura comprometida como creación «al servicio de» una causa extraliteraria a cuyos requerimientos urgentes subordina su poeticidad.” (p. 13). Creo que es importante superar esta definición de literatura comprometida, entre otros motivos porque ha contribuido a reducir o a equiparar la literatura comprometida con la literatura propagandística.

El primer ensayo del volumen, “El compromiso y el modernismo (La «conciencia absoluta» y el imaginario poético de Juan Ramón Jiménez)”, de Juan Carlos Rodríguez, se estructura alrededor de las fases poéticas por la que ‘transitó’ el escritor andaluz. El autor del presente ensayo ha investigado bastante el tópico del presente volumen y es citado en diversas oportunidades por los autores de los artículos que lo integran. Aunque en principio este artículo parece ser el menos ligado a la declaración de intenciones que estructura el presente volumen, una lectura más atenta demuestra que no es así: desde una argumentación de tono filosófico, se centra en el propio compromiso personal que Juan Ramón Jiménez tuvo con la Poesía, entendida tanto como proyecto de vida como propuesta ética. Debe recordarse que incluso el compromiso ético-estético con la propia Poesía es un tipo más de compromiso social, aunque no lo sea de tipo colectivo. Hablamos, finalmente, del vínculo existencial que un ser humano tiene con una actividad social como es la Poesía. En este caso, este compromiso se estructura alrededor de la individualidad excepcional del sujeto creador.

En el segundo ensayo del volumen, “Vanguardia, avanzada, revolución (1927-1936). La querrela del canon poético y del compromiso”, Miguel Ángel García introduce su análisis de la evolución de la poesía de las décadas de 1920 y 1930 desde las distintas aproximaciones que las tendencias del momento (poesía pura, surrealismo, poesía ‘impura’) adoptaron sobre el tópico del compromiso social. En la introducción de su estudio, García realiza una aproximación a “El canon occidental”, de Harold Bloom, donde incorpora críticas ajenas y propias a la falsa disociación que establece este crítico norteamericano entre canon literario y calidad estética, esta última supuestamente desligada del compromiso social. El autor del presente artículo, como lo ha hecho un sinnúmero de autores en los últimos años, demuestra la amplia intervención de los determinantes ideológicos en la preparación que Harold Bloom hace de su propio